

Una buena vida es instruccion eficaz para todo género de personas. Presto se convertiria ó reformaria el mundo si los que ocupan puestos elevados dies en buen ejemplo. Toma desde luego la resolucion de imitar los ejemplos de los buenos, y de dar tú tambien buenos ejemplos. Trae á la memoria las cristianas costumbres, el porte ejemplar y las virtudes mas visibles de aquellos sugetos ajustados y ejemplares que conoces. Muchas veces te ha edificado aquella modestia, aquella circunspeccion de tal y tal persona, aquella compostura, aquella gravedad de acciones y de palabras, aquella devocion con que se la ve en la iglesia, aquella moderacion, aquella prudencia en varios lances y ocasiones. Te hechiza la virtud, el juicio, la caridad de aquella señorita jóven; y confiesas que aquel caballero, aquel eclesiástico, el otro religioso dan grande ejemplo en el pueblo. Pues dite á ti mismo lo que se decia á si propio san Agustin: *Et tu non poteris quod isti et istæ?* ¿Pues qué no podré yo con la divina gracia lo que estos y estas pueden? ¿acaso intereso yo menos en mi salvacion que ellos en la suya? ¿profeso otra religion? ¿espero otro premio? Viste un acto de virtud en aquel mancebo; fuiste testigo de la caridad con que la otra señora principal asistia á los pobres en las cárceles y en los hospitales: pues en llegando á casa, cuenta lo que viste delante de tus hijos y en presencia de la familia. Ya que suele haber tanta exactitud, y á veces tanto hipo por desembuchar cuanto antes los defectos del prójimo que se han visto ó se han oido; no seas menos zeloso, ni menos puntual en referir los ejemplos de virtud que han llegado á tus ojos ó á tu noticia. No es fácil dar lecciones que sean mejor recibidas, ni mas eficaces. ¡Buen Dios, qué bien reemplazarian estas relaciones edificantes á las conversaciones murmuradoras ó poco caritativas!

2. Pero no basta que te pongas por ejemplar las virtudes de los buenos; es menester que tú mismo te esfuerces á servir de ejemplar y de modelo. Mira si tus hijos, tus criados y tus amigos tienen motivo para edificarse mucho de tu porte; si tus hijas pueden aprender de tí modestia, compostura, devocion, desprecio de las vanidades del mundo, amor al retiro y aprecio de la religion; mira si los que te tratan familiarmente pueden sacar de tu trato lecciones para vivir arreglados, contenidos, devotos, caritativos y ejemplares. Pocos hay, segun el pensamiento de san Pablo, que no puedan ser predicadores mudos. Los que están en mayor elevacion, tienen mayor auditorio, y pueden predicar á mas. Es santa y admirable costumbre decirse cada cual á si mismo, al entrar ó salir de casa, cuando concurre con otros, ó cuando está entre su familia: Ea, que voy á predicar; mis palabras, mis acciones, mis modales, todo cuanto en mí se observare y se notare, ha de servir de sermon.

---

## DIA CATORCE.

SAN TIBURCIO, VALERIANO Y MÁXIMO,  
MÁRTIRES.

Era Valeriano un jóven caballero romano, que cautivado de la extraordinaria hermosura y raro mérito de Cecilia, se declaró pretendiente de su mano, poniendo en práctica cuantos medios le sugirieron su amor y su pasion para alcanzarla por esposa.

Asustaron á Cecilia las diligencias de Valeriano, porque siendo ocultamente cristiana, sin que lo hu-

biesen llegado á entender aun sus mismos padres, habia consagrado á Dios su virginidad desde el dia en que recibió el bautismo. Mientras tanto se concluyó el tratado, y se señaló el dia de la boda. En estos apurados términos recurrió Cecilia á la oracion, al ayuno, al cilicio y á otras muchas penitencias; y el Señor se rindió á sus lágrimas, y oyó benignamente sus deseos. Efectuóse el matrimonio, y se celebró la boda con ostentacion y regocijo; pero animada Cecilia de una viva confianza en la bondad del Señor y en el poder de su omnipotente brazo, hallándose sola con Valeriano, le habló de esta manera: « Yo tengo un secreto muy importante que comunicarte, con tal que me jures que á ninguno lo has de revelar. — Yo te lo juro, respondió Valeriano. — Pues sábetelo, continuó la santa, que tengo en mi compañía un ángel del Señor, guarda fiel de mi virginidad; y lo mucho que te amo me obliga á prevenirte, que si no me correspondieres con un amor puro y casto, serás objeto de su ira, y te costará infaliblemente la vida cualquiera licencia ó libertad menos honesta que quisieres usar conmigo. »

A los principios enmudeció sorprendido Valeriano; pero volviendo en sí, y comenzando á hacer su efecto la gracia, la dijo: « Si quisieres que te crea, hazme ver á ese ángel que te guarda; porque mientras no debiere á mis ojos el desengaño, me persuadiré que tienes puestos los tuyos en otro hombre con agravio de mi fineza y de mi honor. — Harélo, respondió la santa; pero antes es menester que te laves en cierto sagrado baño, sin cuya diligencia no es posible ver al ángel que me defiende. » Creciendo mas y mas en Valeriano la ansia de ver al ángel, la preguntó dónde estaba aquel misterioso baño, y qué diligencia debía practicar para ser admitido en él. « Vé, dijo Cecilia, hasta tres millas de aquí por la via Apia; encontrarás

ciertos pobres á quienes yo tengo costumbre de dar limosna; llévalos esta de mi parte, y pídeles que te conduzcan adonde está el santo viejo Urbano, el cual sabe el secreto del divino baño, te instruirá, y te pondrá en estado de que veas á mi ángel. »

Partió al punto Valeriano, vióse con el santo papa Urbano y quedó presto instruido en todo el misterio. Supo que Cecilia era cristiana, y que el sagrado baño que le haria capaz de ver á los santos ángeles, era el bautismo de los cristianos. Pidiólo con instancia; y deteniéndole el santo pontífice siete dias para instruirle en los misterios de la fe, le administró el santo bautismo, y le despachó á su casa.

Apenas entró en ella, cuando se encaminó al cuarto de Cecilia; abrió la puerta, y vió que estaba en oracion con un ángel á su lado, cuyo semblante era mas resplandeciente que el sol, y tenia en su mano dos guirnaldas tejidas de rosas y azucenas de exquisita hermosura, que exhalaban una celestial fragancia. Dió el ángel á cada uno de los dos su guirnalda, diciéndoles que era regalo del Esposo de las vírgenes, como prenda de la corona eterna que les disponia en el cielo; y dirigiendo despues la palabra al neófito Valeriano, le dijo: « Pues has resuelto ser virgen como tu casta esposa, me ordena Dios te diga de su parte, que le pidas lo que quisieres, porque está pronto á otorgártelo. » Al oír estas palabras, se postró en tierra Valeriano, y exclamó diciendo: « ¡ Ah Señor! la gracia que os pido, es la conversion de mi hermano Tiburcio, porque siempre nos hemos amado tiernamente los dos; y así haced que logre la misma dicha que yo. — No podias pedir cosa mas agradable al Señor, respondió el ángel, que la conversion de tu hermano, y su Majestad te la ha concedido. » Dicho esto, desapareció.

No bien habian acabado su oracion Valeriano y

Cecilia, colmados de un gozo celestial y rindiendo al Señor mil gracias y bendiciones, cuando entró Tiburcio en el cuarto, y saludando á su hermana: « ¿ De dónde puede venir, la preguntó, un olor de rosas y azucenas que percibo, no siendo tiempo de ellas? A mí me debes ese gusto, respondió Valeriano sonriéndose: ahora no percibes mas que el olor, pero en tu mano está tener tambien una guirnalda de ellas. » Y echándole los brazos al cuello trasportado de alegría, añadió: « Sabete que soy cristiano, y espero que presto lo serás tú tambien. » Contóle despues todo lo que le habia pasado, y pidió Cecilia que le explicase brevemente los misterios de nuestra religion. Como la gracia obraba poderosamente en el alma de Tiburcio, abrió los ojos á la verdad, y exclamó diciendo: ¿ Pues qué es menester que yo haga? — Es menester, respondió la santa, que sin la menor dilacion busques al santo pontífice Urbano, para que te instruya y recibas de su mano el santo bautismo.

No se puede explicar el gozo que recibió el santo pontífice, cuando vió á Tiburcio á sus piés pidiendo que le hiciese cristiano. Era Tiburcio un jóven de gallarda presencia, de nobles y muy despejadas potencias, de singular vivacidad y de una intrepidez increíble. Detúvole san Urbano algunos dias en su compañía para catequizarle; y habiéndole bautizado, le envió á su casa lleno de alegría, y abrasado en tan ardiente zelo por la religion, que ya todo su anhelo era dar la vida en defensa de ella.

No fué estéril ni ociosa la conversion de los dos santos hermanos: los pobres sintieron presto su efecto, pues muchos se vieron libres de la miseria con sus cuantiosas limosnas. Pero su caridad y su misericordia brilló principalmente en dar sepultura á los cuerpos de los santos mártires que morian du-

rante la persecucion, y en consolar y alentar á los que estaban encarcelados en odio de la fe.

No podia dejar de hacer gran ruido una virtud tan sobresaliente en personas de aquella edad, de aquel mérito, y de aquella calidad. Llegando á noticia de Almaquio, prefecto de Roma, y grande enemigo de los cristianos, mandó comparecer ante su tribunal á los dos santos hermanos. Y habiéndose presentado: « Admirado estoy, les dijo, que unos hombres de vuestra distincion se hayan mezclado con esos miserables cristianos, aborrecidos y despreciados de todo el mundo. ¿ Es decente á personas de vuestra calidad juntarse con esa canalla? Si quereis hacer bien, ¿ faltarán pobres honrados para quienes expendais vuestras limosnas? »

« Bien se ve, Señor, respondió Tiburcio, que conoceis poco á los cristianos. Solo el titulo de siervo del verdadero Dios en la única religion verdadera, vale mas que todas las riquezas y toda la nobleza. Hasta ahora no ha habido en el mundo pueblo tan discreto, nacion tan prudente como la de los cristianos. Ellos desprecian lo que parece algo á los ojos de los hombres, y en la sustancia es nada; y ellos estiman lo que parece nada á nuestros ojos, y es todo en la sustancia. — Y bien, replicó Almaquio, ¿ qué viene á ser eso, que en sí es nada, aunque parece algo? — Este mundo, respondió Tiburcio, que solo es una figura fugaz y pasajera; esas honras vanas de que se apacientan los mundanos, ese fantasma de gloria, esa quimérica felicidad de esta vida, tras de la cual tan ciegame se corre. — ¿ Y cuál es la otra cosa, le preguntó Almaquio, que pareciendo nada á nuestra vista, en la realidad vale por todo? — Es la vida eterna, respondió Tiburcio, aquella vida feliz para las almas justas, que no tendrá fin, y aquella vida miserable para los pecadores, que jamás se acabará.

¿Quién te enseñó todos esos sueños y delirios? le volvió á preguntar Almaquio. — No los llares así, dijo Tiburcio, llámalos verdades eternas, y te responderé que me las enseñó el espíritu de mi Señor Jesucristo. — ¿Quién fué el que te llenó la cabeza de tantos disparates? insistió otra vez el prefecto: ¿cuánto tiempo ha que loqueas, que perdiste el juicio, y que diste en esas extravagancias? — Con vuestra licencia, Señor, respondió modestamente Tiburcio, la locura y la extravagancia es adorar por Dios á una estatua de piedra ó de madera; la extravagancia y la locura es preferir un corto número de días llenos de trabajos, cuidados y amarguras, á una felicidad llena y eterna. Cuando yo vivía ciegamente en el error en que vos estáis ahora, entonces sí que era verdaderamente loco y extravagante; pero despues que mi Señor Jesucristo me abrió los ojos por su infinita misericordia, discorro con juicio, y hablo con prudencia. — Segun eso tú eres cristiano, replicó el Presidente. Sí, Señor, respondió Tiburcio, esa dicha tengo, y me precio mucho de ella. »

Irritado Almaquio de unas respuestas tan firmes, tan animosas y tan prudentes, mandó arrestar á Tiburcio; y volviéndose á Valeriano, le dijo: *Ya ves que tu pobre hermano ha perdido la cabeza.* — *Mucho os equivocais, señor,* respondió el santo; *nunca le he visto con mayor juicio.* — *A lo que veo,* replicó Almaquio, *tan loco estás tú como él: en mi vida he visto mayor extravagancia.* — *No siempre hablaréis ni discurriréis de esa manera,* respondió Valeriano; *algun día conoceréis, aunque tarde, que la mayor de todas las locuras era creer que unos hombres embusteros, malvados y deshonestos en vida, se convirtiesen en dioses despues de muertos. ¿Qué idea formais de la Divinidad? ¿puede imaginarse que hay mas que un Dios quien no haya perdido el uso de la razon? ¿hay en el mundo*

*extravagancia mas risible que esa multitud de dioses y de diosas?*

No sabiendo Almaquio qué responder, entró en una especie de furor; y sin respetar la ilustre calidad de los dos santos confesores, los mandó apalear tan cruelmente, que faltó poco para que espirasen en aquel suplicio. En medio de él se les oía exclamar llenos de fervorosa alegría: *Seais, Señor, eternamente bendito, por la gracia que nos haceis de que derramemos nuestra sangre por vos, que os dignásteis redimirnos derramando primero la vuestra.*

Llevaron despues á los dos santos hermanos á la cárcel, cuando Taquiniano, asesor del prefecto, le representó que si no quitaba presto la vida á aquellos dos caballeros, se aprovecharian del tiempo para repartir todos sus muchos bienes á los pobres, y nada se encontraria para el fisco. Hizole fuerza este dictámen, y mandó que al punto fuesen llevados al templo de Júpiter para que le ofreciesen sacrificio, y en caso de resistirse, que les quitasen la vida.

Luego que se pronunció esta sentencia, fueron entregados los dos santos mártires á un ministro, llamado Máximo, para que los condujese al suplicio. Admirado Máximo de verlos tan alegres, les preguntó la causa de aquella extraordinaria alegría. « ¿Pues no quieres, le respondieron los dos fervorosos hermanos, no quieres que rebose el gozo en nuestros corazones, viéndonos ya en el término de esta triste vida que propiamente es un miserable destierro, para dar principio á otra vida colmadamente feliz, que jamás se ha de acabar? — Pues qué, replicó Máximo; ¿hay otra vida mas que esta? — Y como que la hay, respondió Tiburcio; nuestra alma, que sola siente la alegría y la tristeza, es inmortal; y despues de esta vida tan corta, tan llena de miserias y trabajos, hay otra que no tiene fin. Esta es dichosa y feliz para los

cristianos que mueren santamente; y al contrario es eternamente desgraciada para los que no fueren cristianos. »

Penetrado Máximo de esta verdad, dijo á Tiburcio : « Pues á ese precio yo quiero ser cristiano, y desde luego hago voluntariamente sacrificio de esta mi corta y miserable vida. — En esa suposicion, le dijeron los dos santos, haz que se suspenda hasta mañana la ejecucion de la sentencia; llévanos á tu casa, y esta noche recibirás el santo bautismo, para que en el mismo punto de nuestra muerte veas por tus propios ojos un rayo de nuestra gloria. » Hizose todo así. Aquella noche concurrió secretamente á casa de Máximo la misma santa Cecilia, y con sus fervorosas exhortaciones excitó en todos aquellos nuevos cristianos mas vivos y mas encendidos deseos del martirio. Al dia siguiente, en el instante que fueron degollados los dos santos Valeriano y Tiburcio, vió Máximo sus almas, resplandecientes como dos astros luminosos, conducidas por los ángeles al cielo, en medio de una gloria que le deslumbraba. No pudiendo contenerse ni reprimir las lágrimas, prorumpió en estas exclamaciones : *¡ O generosos siervos del verdadero Dios ! ¡ ó qué dichosos sois ! ¡ ó quién pudiera comprender la gloria que gozáis, y yo estoy viendo con mis propios ojos ! ¡ ó si pudiera yo lograr la misma suerte que vosotros, ya que tengo la dicha de ser también cristiano !* A esta ruidosa conversion de Máximo, uno de los principales ministros del prefecto, se siguió la de otros muchos paganos, y presto fué premiada con la corona del martirio. Porque noticioso Almaquio de lo que pasaba, mandó que al punto fuese molido á palos con bastones gruesos y nudosos ; lo que se ejecutó con tanta crueldad, que el santo mártir espiró en aquel tormento. Sucedió el martirio de estos grandes santos al principio del tercer siglo.

Sus cuerpos fueron enterrados á cuatro millas de la ciudad, cerca del lugar donde fueron martirizados. Desde el siglo cuarto fueron venerados con público culto en toda la Iglesia. El año 740 el papa Gregorio III reparó su sepulcro, y hácia el fin del mismo siglo Adriano I mandó edificar en honra suya una iglesia. En el año de 821 fueron trasladados sus santos cuerpos á Roma, juntamente con el de santa Cecilia, por el papa Pascual, quien los colocó todos en una iglesia dedicada á esta santa virgen.

*La misa es en honra de los santos, y la oracion la siguiente.*

<p>Præsta, quæsumus, omnipotens Deus, ut qui sanctorum martyrum tuorum Tiburtii, Valeriani, et Maximi solemniam colimus, eorum etiam virtutes imitemur. Per Dominum nostrum...</p>	<p>Suplicámoste, ó Dios omnipotente, que los que celebramos la fiesta de tus santos mártires Tiburcio, Valeriano y Máximo, imitemos tambien sus virtudes. Por nuestro Señor..</p>
--	---

*La epistola es del cap. 5 del libro de la Sabiduria.*

<p>Stabant justi in magna constantia adversus eos qui se angustiaverunt, et qui abstulerunt labores eorum. Videntes turbabuntur timore horribili, et mirabuntur in subitane in sperata salutis, dicentes intra se, pœnitentiam agentes, et præ angustia spiritus gementes : Hi sunt, quos habuimus aliquando in derisum, et in similitudinem improperii. Nos insensati vitam illorum aestimabamus insaniam, et finem illorum sine honore : ecce quo-</p>	<p>Estarán los justos con grande ánimo contra los que les afligieron y les quitaron el fruto de sus trabajos. Los malos á su vista se llenarán de temor y de horrible espanto ; y estarán sorprendidos del susto, viendo al instante contra su esperanza á los justos salvos y con tanta gloria, diciendo entre sí penetrados de un vivo sentimiento, y arraucando gemidos de su corazon angustiado : Estos son los que en otros tiempos fueron el objeto de nuestras burlas, y</p>
--	---

modo computati sunt inter filios Dei, et inter sanctos sors illorum est. los que poníamos por ejemplo de personas dignas de todo oprobio. Nosotros, insensatos, reputábamos su vida por necesidad, y su muerte por deshonra; no obstante, miradlos elevados entre los hijos de Dios, y que tienen suerte entre los santos.

## NOTA.

« Hace el Espíritu Santo en este capítulo una viva » pintura de lo que pensarán en la otra vida los justos » de los pecadores, y los pecadores de los justos. ; O » cuánto nos importaría, dice san Bernardo, tener » continuamente presentes estos recíprocos dictámenes que jamás perdía de vista Salomón! No » habría consideración mas eficaz para consolar á los » unos y para convertir á los otros. »

## REFLEXIONES.

*Hi sunt quos aliquando habuimus in derisum... Nos insensati.* Estos son los que en algun tiempo fueron objeto de nuestra burla y de nuestras zumbas. ; O necios, ó insensatos de nosotros! Esta confesión tan honrosa para la virtud es casi tan antigua como el mundo : desde su misma cuna fué perseguida la virtud; los buenos comenzaron á padecer desde que hubo malos. Pero aunque esta costumbre sea tan antigua, no por eso se hace menos extraña.

Que todos los ánimos se irriten y se declaren contra una devoción falsa, aparente y disimulada, es cosa muy justa : los hipócritas son objeto digno del odio de Dios y de la aversión de los buenos. Pero que se aborrezca á la devoción verdadera; que la verdadera virtud padezca una especie de persecución en medio del cristianismo; esto es lo que sola la experiencia

pudiera hacer creíble, y esto es lo que se opone á la razón igualmente que á la religión.

Desengañado un jóven de los frívolos entretenimientos, de los falsos pasatiempos del mundo, conociendo su vanidad, alumbrado con luz del cielo, y movido de la gracia, se declara por el partido de la virtud. Buen Dios, ; cuántas burlas, cuántas censuras, cuántas insulsas bufonadas tiene que sufrir! No siempre es lo que cuesta mas la victoria de las pasiones. La prueba mas terrible de una virtud tierna y recién nacida, son las zumbas de los malos, y tal vez, lo que es mucho mas sensible, las indiscretas, las imprudentes expresiones de los que se reputan por buenos.

Al contrario, si otro de su misma edad, deslumbrado por las brillantes exterioridades que encantan y embelesan, engañado de aquellas lisonjeras esperanzas con que el mundo sustenta á los que le siguen, entra por el camino ancho de la perdición, y se abandona á las perniciosas máximas del mundo; nadie le habla palabra, antes bien por poco que sobresalga en aquellas prendas superficiales y sin sustancia que el mundo aprecia y celebra, todos le aplauden, todos le ensalzan. Sus mismos padres son los primeros que concurren á fomentar su pasión : aunque sean inmensos los gastos que hace para mantener el juego, el fausto, la profanidad, todo lo da por bien empleado la familia en consideración del rumbo que ha tomado. Si se hace distinguir en el sarao, en el baile, todos á competencia le celebran; mientras la virtud humilde, ejemplar y recogida es objeto de la risa. Dase á manos llenas á un jóven libertino cuanto pide para mantener su disolución, ó á una hija mundana para que siga las modas; pero si estos mismos hijos abrazan el partido del retiro, de la modestia y de la devoción, falta poco para desheredarlos, á lo menos

se les reduce á los precisos términos de su legítima; mientras que las mejoras y los aumentos se reservan para los indevotos, para los que siguen ciegamente el espíritu del mundo. ¿Y qué se responderá á Dios cuando pida estrecha cuenta de esas injustas preferencias, de esas impías predilecciones? Entonces clamaréis: ¡Ay qué impiedad! ¡ay qué injusticia! pero ya llegará tarde el arrepentimiento.

*Nos insensati.* Pero ¿de qué sirve conocer el mal, cuando ya es el daño sin remedio? Necios de nosotros, que nos causaba lástima la vida ejemplar de los buenos; que nos burlábamos de su modestia y de su circunspeccion; que los mirábamos con una especie de desden y de desprecio. Los desterrábamos de nuestras reuniones, y sentíamos no sé qué maligna complacencia en hacer ridículas sus mas prudentes acciones. ¿Cuántos insulsos chistes se nos ofrecieron sobre sus escrúpulos, sobre su delicadeza de conciencia, sobre el tenor regular de su conducta? A nuestros ojos eran unos hombres de mal gusto, de corazón apocado, y de una extravagancia que se acercaba á parvulez. ¡Ah, que la parvulez y extravagancia fué nuestra! *Ecce quomodo computati sunt inter filios Dei, et inter sanctos sors illorum est.* Aquellos que parecían tan despreciables á nuestros ojos, eran la mas noble porcion del rebaño de Jesucristo. Como ilustres herederos de la virtud de los santos, están hoy en posesion de su gloria. Su feliz suerte será eternamente objeto de admiracion y de veneracion á todo el universo, y á nosotros de envidia, de rabia y de desesperacion.

*Talia dixerunt in inferno hi qui peccaverunt.* Asi discurren y asi hablan de la verdadera sabiduria de los buenos en la hora de la muerte, los que no quisieron imitarlos en vida; asi hacen justicia á la virtud aun en el inferno, los que la persiguieron en la tierra;

asi se respeta en el otro mundo á los que en este se desprecia.

*El evangelio es del cap. 15 de san Juan.*

In illo tempore, dixit Jesus discipulis suis: Ego sum vitis vera, et Pater meus agricola est. Omnem palmitem in me non ferentem fructum, tollet eum: et omnem qui fert fructum, purgabit eum, ut fructum plus afferat. Jam vos mundi estis propter sermonem, quem locutus sum vobis. Sicut palmes non potest ferre fructum à semetipso, nisi manserit in vite; sic nec vos, nisi in me manseritis. Ego sum vitis, vos palmites: qui manet in me, et ego in eo, hic fert fructum multum, quia sine me nihil potestis facere. Si quis in me non manserit, mittetur foràs sicut palmes, et arescet, et colligent eum, et in ignem mittent, et ardet. Si manseritis in me, et verba mea in vobis manserint, quodecumque volueritis, petetis, et fiet vobis.

En aquel tiempo dijo Jesus á sus discípulos: Yo soy vid verdadera, y mi padre es cultivador. Todo sarmiento que no lleve fruto en mí, lo quitará; y todo aquel que lleva fruto, le mondará para que lleve mas. Vosotros estais ya limpios en virtud de la palabra que os he anunciado. Permaneced en mí, y yo en vosotros. Así como el sarmiento no puede llevar fruto por sí mismo, sino permanece en la vid, de la misma manera tampoco vosotros si no permaneciéreis en mí. Yo soy la vid, vosotros los sarmientos: el que está en mí, y yo en él, este lleva mucho fruto; porque sin mí no podeis hacer cosa alguna. Si alguno no permaneciere en mí, será arrojado fuera como el sarmiento, y se secará, y le cogerán, y le echarán en el fuego, y arderá. Si permaneciéreis en mí, y mis palabras se conservaren en vosotros, pediréis lo que quisiéreis, y os será concedido.